

CAPÍTULO 14

La omnipresencia de Dios

Padre nuestro, sabemos que Tú estás presente con nosotros, pero nuestro conocimiento no es más que una figura y una sombra de la verdad y tiene poco del sabor espiritual y la dulzura interior que tal conocimiento debería proporcionar. Esto es para nosotros una gran pérdida y la causa de mucha debilidad de corazón. Ayúdanos a hacer de una vez la enmienda de vida que sea necesaria antes de que podamos experimentar el verdadero significado de las palabras "En tu presencia hay plenitud de gozo." Amén.

La palabra presente, por supuesto, significa aquí, cerca de, junto a, y el prefijo omni le da universalidad. Dios está aquí en todas partes, cerca de todo, junto a todos.

Pocas otras verdades se enseñan en las Escrituras con tanta claridad como la doctrina de la omnipresencia divina. Los pasajes que apoyan esta verdad son tan claros que se necesitaría un esfuerzo considerable para malinterpretarlos. Declaran que Dios es inmanente en Su creación, que no hay lugar en el cielo ni en la tierra ni en el infierno donde los hombres puedan esconderse de Su presencia. Enseñan que Dios está a la vez lejos y cerca, y que en Él los hombres se mueven y viven y tienen su ser. Y lo que es igualmente convincente es que en todas partes nos obligan a suponer que Dios es omnipresente para explicar otros hechos que nos dicen sobre Él.

Por ejemplo, las Escrituras enseñan que Dios es infinito. Esto significa que Su ser no conoce límites. Por lo tanto, no puede haber límites a Su presencia; Él es omnipresente. En Su infinitud rodea la creación finita y la contiene. No hay nada más allá de Él. Dios es nuestro entorno, como el mar lo es para el pez y el aire para el pájaro. "Dios está sobre todas las cosas", escribió Hildeberto de Lavardin, "debajo de todas las cosas; fuera de todas las cosas; dentro, pero no encerrado; fuera, pero no excluido; arriba, pero no elevado; abajo, pero no deprimido; totalmente arriba, presidiendo; totalmente abajo, sosteniendo; totalmente dentro, llenando".

La creencia de que Dios está presente en su universo no puede mantenerse de forma aislada. Tiene implicaciones prácticas en muchas áreas del pensamiento teológico y afecta directamente a ciertos problemas de las religiones, como, por ejemplo, la naturaleza del mundo. A los pensadores de casi todas las épocas y culturas les ha preocupado la cuestión de qué clase de mundo es éste. ¿Es un mundo material que funciona por sí mismo, o es espiritual y está dirigido por poderes invisibles? ¿Este sistema entrelazado se explica a sí mismo o su secreto reside en el misterio? ¿La corriente de la existencia comienza y termina en sí misma? ¿O su fuente está más arriba y más atrás en las colinas?

La teología cristiana afirma tener la respuesta a estas preguntas. No especula ni ofrece una opinión, sino que presenta su "Así dice el Señor" como su autoridad. Declara positivamente que el mundo es espiritual: se originó en el espíritu, fluye del espíritu, es espiritual en esencia, y no tiene sentido aparte del Espíritu que lo habita.

La doctrina de la omnipresencia divina personaliza la relación del hombre con el universo en el que se encuentra. Esta gran verdad central da sentido a todas las verdades e imparte un valor supremo a toda su pequeña vida. Dios está presente, cerca de él, junto a él, y este Dios lo ve y lo conoce a fondo.

En este punto comienza la fe, y aunque puede incluir mil otras verdades maravillosas, todas ellas se refieren a la verdad de que Dios es y Dios está aquí. "El que se acerca a Dios", dice el Libro de los Hebreos, "debe creer que Él es" Y Cristo mismo dijo: "Creéis en Dios, Creed también...". Cualquier "también" que se añada a lo elemental

La creencia en Dios es una superestructura que, independientemente de las alturas a las que pueda elevarse, sigue descansando sólidamente sobre los cimientos originales.

La enseñanza del Nuevo Testamento es que Dios creó el mundo por el Logos, el Verbo, y el Verbo se identifica con la segunda persona de la Divinidad que estaba presente en el mundo incluso antes de encarnarse en la naturaleza humana. El Verbo hizo todas las cosas y permaneció en Su creación para mantenerla y sostenerla y ser al mismo tiempo una luz moral que permite a todo hombre distinguir el bien del mal. El universo funciona como un sistema ordenado, no por leyes impersonales, sino por la voz creadora de la Presencia inmanente y universal, el Logos.

El canónigo W. G. Holmes, de la India, contaba que había visto a fieles hindúes dando golpecitos en árboles y piedras y susurrando

"¿Estás ahí? ¿Estás ahí?" al dios que esperaban que residiera en su interior. Con total humildad, el cristiano instruido trae la respuesta a esa pregunta. Dios está ahí. Está ahí como está aquí y en todas partes, no confinado en un árbol o en una piedra, sino libre en el universo, cerca de todo, junto a todos, y a través de Jesucristo inmediatamente accesible a todo corazón amante. La doctrina de la omnipresencia divina decide esto para siempre.

Esta verdad es para el cristiano convencido una fuente de profundo consuelo en el dolor y de firme seguridad en todas las variadas experiencias de su vida. Para él, "la práctica de la presencia de Dios" no consiste en proteger un objeto imaginario desde dentro de su propia mente y luego tratar de darse cuenta de su presencia; es más bien reconocer la presencia real de Aquel que toda sana teología declara que ya está ahí, una entidad objetiva, que existe aparte de cualquier aprehensión de Él por parte de Sus criaturas. La experiencia resultante no es visionaria, sino real.

La certeza de que Dios está siempre cerca de nosotros, presente en todas las partes de su mundo, más cerca de nosotros que nuestros pensamientos, debería mantenernos en un estado de elevada felicidad moral la mayor parte del tiempo. Pero no todo el tiempo. Sería poco honesto prometer a cada creyente un jubileo continuo y poco realista esperarlo. Así como un niño puede gritar de dolor incluso cuando está cobijado en los brazos de su madre, así un cristiano puede a veces saber lo que es sufrir incluso en la presencia consciente de Dios. Aunque "siempre gozoso", Pablo admitió que a veces estaba triste, y por nosotros Cristo experimentó fuertes llantos y lágrimas, aunque nunca abandonó el seno del Padre (Juan 1:18).

Pero todo irá bien. En un mundo como éste, las lágrimas tienen sus efectos terapéuticos. El bálsamo curativo destilado de las vestiduras de la Presencia envolvente cura nuestros males antes de que se conviertan en fatales. Saber que nunca estamos solos calma el mar agitado de nuestras vidas y da paz a nuestras almas.

Que Dios está aquí lo declaran tanto la Escritura como la razón. Sólo nos queda aprender a darnos cuenta de ello en la experiencia consciente. Una frase de una carta del Dr. Allen Fleece resume el testimonio de muchos otros:

"Saber que Dios está presente es una bendición, pero sentir su presencia es nada menos que pura felicidad".

Dios revela Su presencia: Adorémosle ahora, Y con temor comparezcamos ante Él.

Sólo a Él, Dios poseemos; Él es nuestro Señor y Salvador, Alabado sea su nombre por siempre.

Dios mismo está con nosotros: A quien las legiones angélicas Servir con asombro en regiones celestiales. Gerhard Tersteegen